



FLACSO
CHILE
Biblioteca

H 114 hu
CONT. 70
C. 2

Contribuciones
FLACSO - Programa Chile
Número 70
Santiago, Abril de 1991

BIBLIOTECA
FLACSO
SANTIAGO

14.294

391

CONTRIBUCIONES

LAS HUMANIDADES Y LAS CIENCIAS SOCIALES.
UN PROGRAMA DE SU EVOLUCION
EN LA POSTGUERRA

Jürgen Habermas

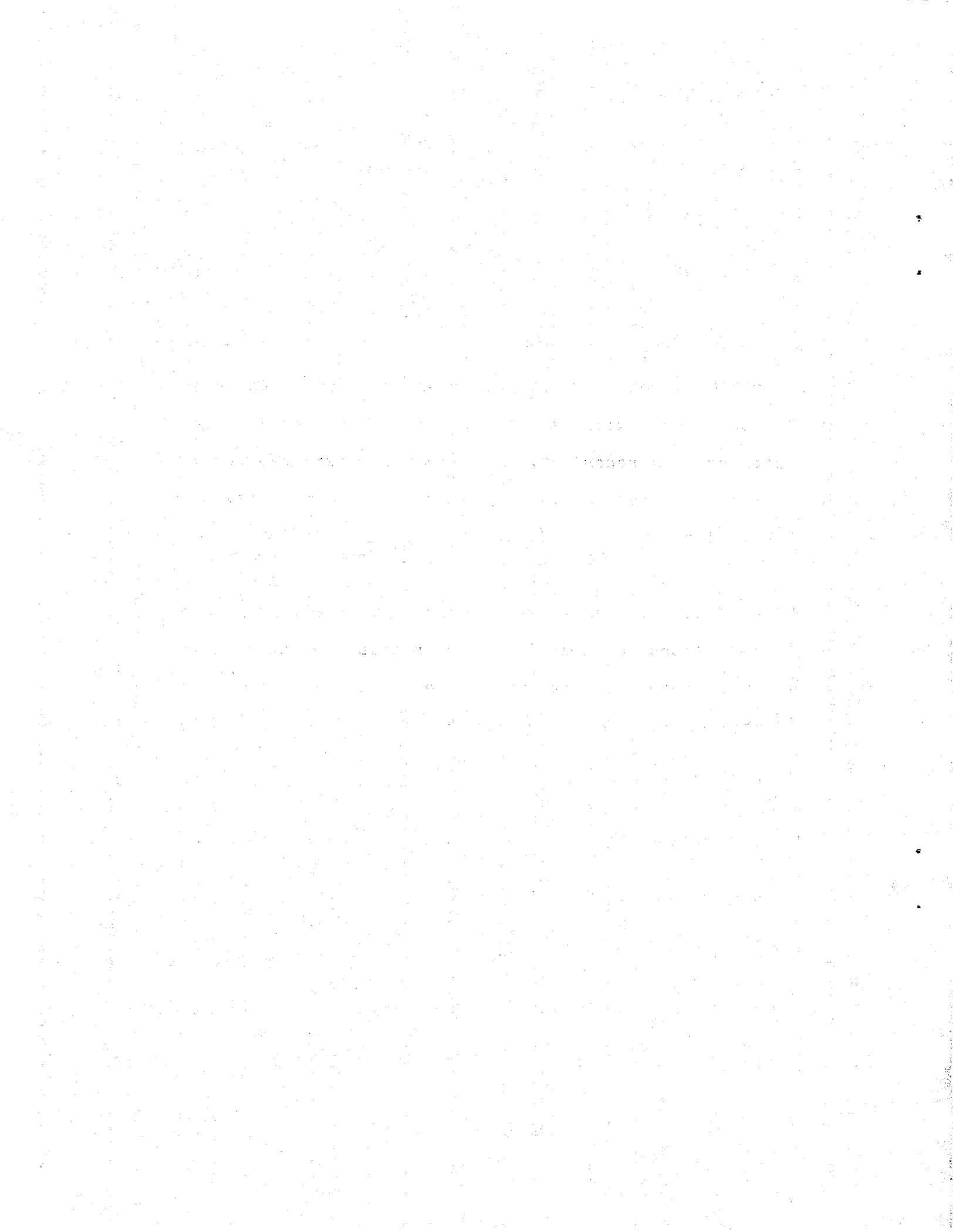
UNIVERSIDAD
DE CHILE
PROGRAMA DE
CIENCIAS SOCIALES

Esta serie de Documentos es editada por el Programa de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), en Santiago de Chile. Las opiniones que en los documentos se presentan, así como los análisis e interpretaciones que en ellos se contienen, son de la exclusividad de sus autores y no refleja necesariamente los puntos de vista de la Facultad.

PROGRAMA DE
CIENCIAS SOCIALES
UNIVERSIDAD DE CHILE

Un rasgo negativo de las ciencias sociales en Chile es su escasa reflexión sobre su propio desarrollo. Tal labor es una necesidad, sin embargo, para madurar un proyecto intelectual y elaborar una política científica.

La conferencia de Jürgen Habermas, realizada en Buenos Aires a fines de junio de 1990, podría ser un valioso estímulo para realizar un similar ejercicio también en Chile.



I N D I C E

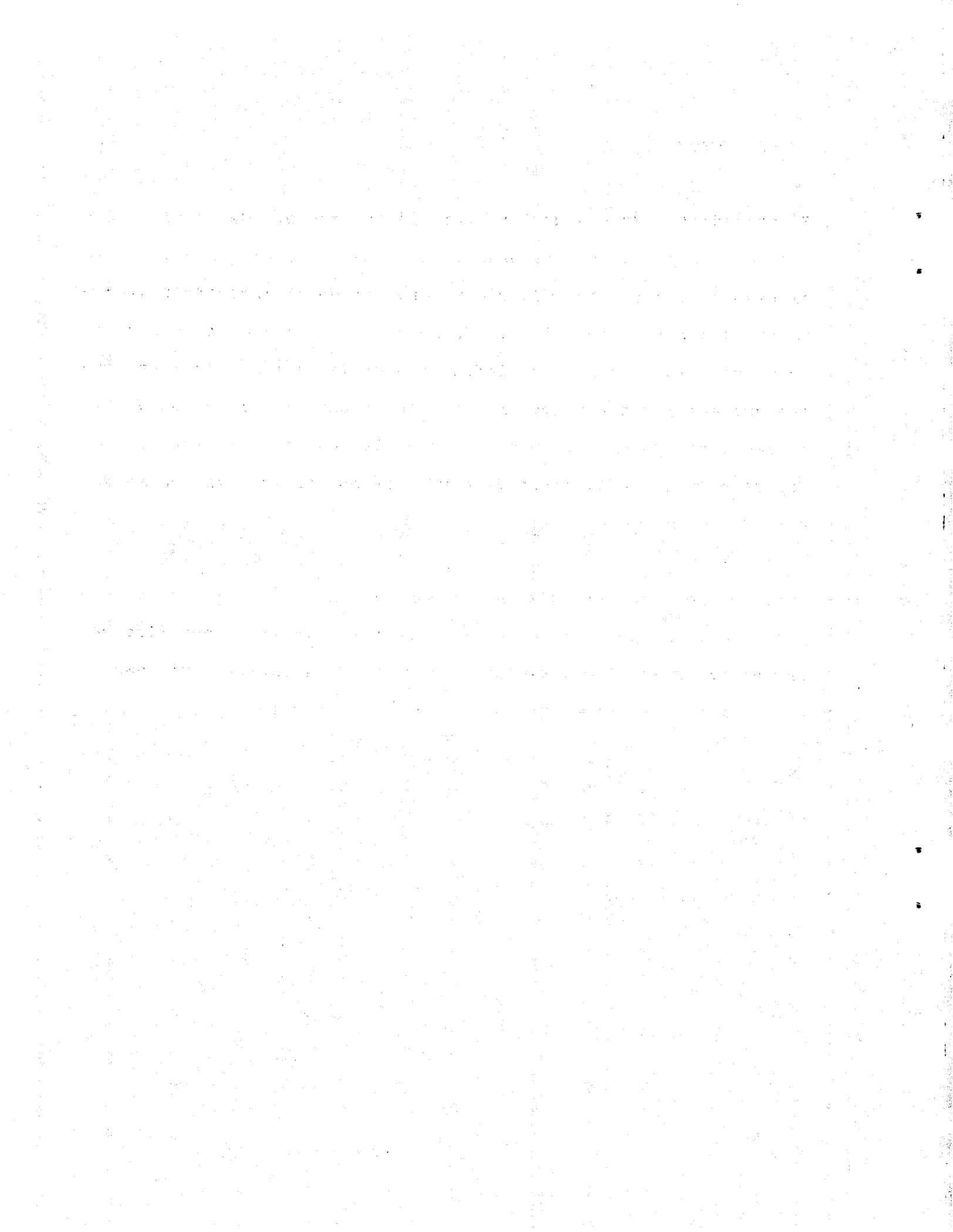
	Página
INTRODUCCION	1.
1. UN GRAN PASADO	3.
2. Y UNA FAMA MARCHITA	4.
3. NACION VULNERADA	5.
4. ¿O SOCIEDAD EN PROCESO DE APRENDIZAJE?	7.
5. APERTURA HACIA OCCIDENTE	8.
6. COEXISTENCIA INCOMODA	9.
7. Y UN NUEVO COMIENZO	10.
8. LAS SOMBRAS LARGAS DE UNA GENERACION	12.
9. DESPUES DE LA REVUELTA	14.
10. DOS REACCIONES	15.
11. ¿NORMALIDAD EN LUGAR DE MEDIOCRIDAD?	17.
12. LA DIETA MAS SANA	19.

THE END

INTRODUCCION

El presidente Steven Muller formuló su pregunta de la siguiente manera: "Comparado con el gran impacto del pensamiento alemán en el pasado se observa hoy día cierta erosión de la influencia alemana en el ámbito intelectual. Quizá Anselm Kiefer y otros postmodernistas sigan ejerciendo influencia en las artes plásticas norteamericanas; sin embargo, no se detecta una vitalidad comparable en las humanidades. Es más, ¿existen tendencias intelectuales de importancia en la Alemania de hoy?. De no ser así, ¿a qué se deberá?".

Este aguijón duele: quizá no en las bien nutridas carnes del espíritu alemán, pero sí en la sensible piel de un científico que de inmediato se siente tentado a refutar lo anterior. Sin embargo, primero trataré de entender mejor la pregunta.



1. UN GRAN PASADO.

Es un hecho que en la época de Hegel las grandiosas investigaciones de Savigny, Ranke, August Wilhelm Schlegel y de los hermanos Grimm dieron lugar a una Escuela Histórica que se desarrolló en el marco de la Universidad Humboldt, dándole prestigio mundial a las humanidades alemanas; de acuerdo con su origen, las humanidades eran alemanas. Hacia fines del siglo XIX y principios del siglo XX, un gran número de estudiosos renombrados y de estudiantes destacados emigró de los Estados Unidos a Alemania, tal y como ocurriría después de la Segunda Guerra Mundial, sólo que en sentido inverso. El año de 1933 también constituye una cesura a este respecto. No sólo en las facultades de filosofía se registró un cambio de 180 grados en la fuga de cerebros, pero además hay que señalar lo siguiente: respaldados por la autoridad bien merecida de las humanidades alemanas, los filósofos, psicólogos, historiadores del arte, sociólogos y teólogos desterrados tuvieron un éxito sin precedente en las universidades norteamericanas. Después de la Guerra, los jóvenes pudimos avanzar por el camino que ellos se habían abierto. Quizá se deba a sus obras y méritos el que hoy el presidente Muller y los amigos norteamericanos nos contemplan con mirada escrutadora.

2. Y UNA FAMA MARCHITA

Toda mirada está impregnada de experiencias históricas, pero esto no significa que se vea turbada. Así para el periodo de Weimar -un ejemplo que me viene a la mente en primera instancia- se pueden nombrar tres destacadas obras filosóficas: Tractatus (1921) de Ludwig Wittgenstein, Historia y Conciencia de Clase (1923) de George Lukacs y El Ser y el Tiempo (1927) de Martin Heidegger. Un observador contemporáneo a principios de los treinta probablemente habría mencionado a Husserl, Scheler y Jaspers. Sea como fuere, sí hubo obras brillantes después del ocaso del mundialmente reconocido neokantismo. ¿De qué manera se podría contestar la misma pregunta con respecto a la época de la postguerra?. Para ese periodo que ya abarca casi el triple de aquel intervalo entre guerras quizá quepa señalar dos obras filosóficas, Verdad y Método (1960) de Gadamer y Dialéctica Negativa (1966) de Adorno. Sin embargo, la mentalidad y la idea germinal de estos autores nacidos en 1900 y 1903, respectivamente, ya habían tomado forma antes de 1933, de modo que sus obras no son testimonio unívoco de la productividad de la filosofía de la postguerra. Se puede objetar mucho en cuanto a este ejercicio intelectual: el que los coetáneos no podemos juzgar de manera imparcial, el que los meros nombres de autores y obras no constituyen un parámetro acertado y el que la sustancia de una obra científica, particularmente en la filosofía, a menudo no se manifiesta sino hasta décadas después. No obstante, podría decirse

que en la filosofía y quizá en las humanidades en general siguen imperando ciertos enfoques teóricos que se remontan por lo menos hasta el principio de los sesenta y que tales enfoques constituyen innovaciones más bien poco dramáticas. ¿Refleja esto una normalidad más o menos deseable o mera mediocridad?. Esta sería otra manera de entender el planteamiento inicial.

El tono que impera en algunas ponencias ha dado aun otro matiz a esta pregunta. Se hace patente cierta preocupación por un mal específicamente alemán que se manifiesta, entre otras cosas, en una improductividad cultural. Por el lado de los amigos norteamericanos podría ser reflejo de aquel descontento que también en nuestro país ha dado lugar a las demandas de más categoría, de la formación de élites y de mayor rendimiento. Los políticos en materia cultural rápidamente proceden a descreditar estos diagnósticos de crisis, hablando despectivamente de las "ciencias de la discusión". ¿En qué se supone que consiste el mal?.

3. NACION VULNERADA

En 1965, Ralf Dahrendorf comenzó su análisis de "Sociedad y Democracia en Alemania" con la frase lapidaria "las cuestiones alemanas son de índole nacional, no social". Así, un libro reciente de E. Noelle-Neumann sobre una encuesta internacional comparada

sobre tablas de valores se intitula "La Nación Vulnerada". La señora Noelle-Neumann interpreta los datos de la encuesta de acuerdo con un sistema sencillo -todos los fenómenos alarmantes se le atribuyen a una identidad nacional supuestamente desmoronada. En colores sombríos dibuja la imagen de una nación trastornada, profundamente afectada por la derrota militar, la pérdida de la integridad nacional y el cambio de sistema político. De acuerdo con lo anterior, el espíritu alemán -aquí está- se caracteriza por un nacionalismo relativamente débil, un insuficiente gusto por el trabajo, un laxo compromiso religioso, una voluntad de autodeterminación quebrantada, -una tendencia pacifista, una postura antiautoritaria y una autocrítica airada. Una brecha generacional mayor y una reserva ante la autoridad paternal supuestamente demuestran que se ha alterado la transmisión de los valores culturales. Noelle-Neumann culpa de ello principalmente a las élites culturales; son responsables tanto de una autorreflexión paralizadora como del desarraigo de una cultura que se ha vuelto estéril. Un ex-izquierdista (Karl-Markus Michel en el periódico "Die Zeit" del 23 de septiembre de 1988) lamenta de manera similar la recesión del contrato de generaciones y la pérdida de autoridad, señalando que tampoco en los talleres de los intelectuales existe ya una relación intacta de maestro y oficial.

4. ¿LA SOCIEDAD EN PROCESO DE APRENDIZAJE?

Es necesario ver un poco más de cerca los datos de la señora Noelle-Neumann: cuando se les pregunta a los alemanes si aman a su país, su respuesta no sale de lo común; sólo se distinguen de los demás europeos -y más aún de los norteamericanos- cuando se les pregunta si se enorgullecen de ser alemanes. ¿Acaso resulta tan sorprendente después de Auschwitz?. En cuanto a su repudio a la frase de que "es deseable un mayor respeto a la autoridad" sólo los superan los suecos y los daneses. ¿Cuál es la conclusión que hemos de sacar de lo anterior?. Tomemos el siguiente enunciado: "Ningún superior debería exigirle a sus empleados que cumplan alguna orden sin antes convencerlos de que ésta es correcta". Si los alemanes coinciden con lo anterior en mayor número que otras nacionalidades realmente podríamos sentirnos bastante satisfechos; los ciudadanos de la República Federal de Alemania han aprendido de su historia más reciente -y si las élites culturales desempeñaron en esto un papel de marcapasos o de catalizadores no es algo que deba reprochárseles, al menos no dentro de una democracia. Por tal razón prefiero contemplar nuestro desarrollo intelectual de la postguerra más bien desde la perspectiva de una sociedad en proceso de aprendizaje y no de una nación vulnerada.

Al contrario de las dramatizaciones negativa al respecto me parece que la occidentalización de nuestra tabla de valores cultura-

les es la tendencia más notable. Nuestra productividad cultural quizá haya perdido su explosividad, pero también perdió sus rasgos más sombríos. Kluge y Schlöndorf son más típicos que Syberberg y Herzog -y más bien son los otros los que quieren comprometerse con su Wagner. Las voces de los intelectuales alemanes se escuchan hoy dentro de un concierto internacional, por eso son más disimuladas. Esto en sí no implica una falta de creatividad. Para mi gusto, el elogio de la mediocridad de Enzensberger es un poco demasiado masoquista; también la idealización de la nueva trivialidad conserva algo de una reacción al sueño desvanecido del triunfo de la profundidad. Una normalidad segura de sí misma no es mediocridad -y los pocos textos brillantes siempre van acompañados de un extenso contexto, aquí como en cualquier otro lugar.

5. APERTURA HACIA OCCIDENTE

Sólo puedo hablar desde la perspectiva de una generación que comenzó sus estudios después de la Guerra. En las universidades imperaba una continuidad intelectual que perduró más allá de los años treinta hasta bien entrado el periodo de Adenauer. Al mismo tiempo se habían vuelto a abrir finalmente las puertas, tanto a Occidente como al pasado propio, inaccesible hasta ese momento. Nos esforzábamos por apropiarnos de aquellas tradiciones que en

las artes plásticas se conocen como los clásicos modernos: lo radical proscrito de la literatura, la ciencia y la filosofía de principios del siglo XX. En este proceso de apertura que duró hasta fines de los años cincuenta desempeñaron un papel muy importante los emigrados que retornaron, ya sea en persona o con sus obras. Tenían una posición moralmente intacta y nos enseñaron a reanudar la relación con las tradiciones interrumpidas, incluyendo aquello que en Alemania siempre se había encontrado fuera de los cánones. Para mí fueron muy significativas las obras de Löwith y Plessner. Otro ejemplo son las conferencias sobre Freud organizadas en 1956 por Horkheimer y Mitscherlich; esta reunión internacional de los psicoanalistas más renombrados logró convencer al público alemán de la seriedad de su disciplina.

6. COEXISTENCIA INCOMODA

Durante este prolongado periodo de latencia, las facultades de filosofía se caracterizaron en mayor o menor medida por una coexistencia incómoda de lo que había perdurado a través de la era nazi con aquello que había sido quemado públicamente y que ahora se volvía a sacar a la luz pública. Esta constelación quizá fue particularmente típica de una disciplina como la sociología que fue afectada con mayor rigor por las purgas políticas. Se formó

un campo de fuerzas apenas equilibrado, integrado por un lado por ex-emigrados como Horkheimer y Adorno, König, Plessner y Francis, así como O. Stammer (de la llamada emigración interior), y por el otro por ex-nazis como Freyer, Gehlen y Schelsky. La situación fue un poco diferente en la filosofía, sólo pocos emigrados regresaron -y esto de manera vacilante-, entre ellos Kuhn, Landgrebe y Löwith. Gracias a su trasfondo fenomenológico lograron integrarse con mayor facilidad a aquella continuidad dentro de la cual ya estaban inscritos aun antes de 1933 los miembros de la emigración interior con Jaspers y Litt. La influencia de Heidegger predominó inquebrantada hasta los años sesenta, aunque los estudiantes comenzaron a interesarse en medida cada vez mayor por los escritos de Carnap, Popper y Wittgenstein. Además de esta tradición analítico volvió a resucitar el legado del marxismo occidental, no sólo a través de personas como Adorno y Bloch, sino también por la labor de algunas instituciones (como por ejemplo el círculo de estudios de la Iglesia Protestante en Heidelberg).

7. Y UN NUEVO COMIENZO

El siguiente periodo sólo se puede comprender ante el trasfondo de esa fase de respiro, de asimilación y digestión de las ideas procedentes y reimportadas de Occidente. Se caracteriza por las

aportaciones de una primera generación de jóvenes que había adquirido su formación intelectual en la República Federal de Alemania. Tampoco se trata de atribuir a esta generación todos los méritos de una etapa que quizá fue la más vital en nuestra historia de postguerra, pero con contadas excepciones no es sino hasta fines de los cincuenta que se destacan profesores jóvenes que logran convertir productivamente la riqueza de impulsos a ideas percibidas hasta ese momento. Al iniciarse el ocaso de la era de Adenauer aparecen en la filosofía y la sociología, o sea, aquellas disciplinas que más conozco, ciertos enfoques teóricos que tienen una cosa en común: surgen de la combinación sorprendente de diferentes tradiciones de investigación que hasta ese momento habían estado separadas o que incluso habían sido antagónicas.

En la filosofía se derrumbaron las barreras entre la filosofía continental y la analítica, entre Husserl y Frege; entre la fenomenología hermenéutica y el análisis lingüístico; entre Heidegger y Wittgenstein, entre marxismo hegeliano y filosofía trascendental. Pensemos tan sólo en las primeras obras mayores de G. Patzig y E. Tugendhat, de P. Lorenzen y K.O. Apel, de D. Heinrich o M. Theunissen. Con ello rindió fruto la semilla del intensivo intercambio entre las tradiciones alemanas y las anglosajonas. Esto se hace aún más patente en la sociología. La llamada teoría crítica experimenta un cambio hacia lo hermenéutico y asimila impulsos del pragmatismo y, como demuestran posteriormente los trabajos de C. Offe, también del funcionalismo. La ingeniosa

transformación de la teoría de sistema de N. Luhmann, basada en Husserl, presenta la influencia no sólo de Gehlen, sino también de Parsons. Los trabajos de R.M. Lepsius y W. Schluchter se deben a una reapropiación de Max Weber, provocada de manera compleja por la recepción norteamericana de este autor. Algo similar se aplica a otras disciplinas. En los seminarios de historia en Alemania se instaura por primera vez de manera estable la historia social. Sin el intensivo intercambio transatlántico promovido por W. Rosenberg, H.U. Wehler, por dar un ejemplo, difícilmente hubiera podido imponer su historia social masiva, un tipo de historiografía weberiana. En la ciencia literaria, la teoría de la recepción en sus diversas variantes conformadas por H.R. Jauss y W. Iser constituye un enfoque que desde hace ya mucho tiempo goza de reconocimiento internacional. Lo mismo se puede decir de la teología política de J.B. Metz y de J. Moltmann. Tanto en el presente contexto como en el resto de mi exposición, el mencionar nombres sólo tiene una finalidad ilustrativa, no exclusiva.

8. LAS SOMBRAS LARGAS DE UNA GENERACION

Los enfoques teóricos y las constelaciones que cristalizaron en los años anteriores a 1967/68 arrojan una larga sombra sobre las discusiones de las dos décadas posteriores. Esto podría explicar

en parte la impresión de un cierto estancamiento que se percibe en la actualidad; se observa un esquema similar en otras esferas culturales, con un desfasamiento de sólo unos cuantos años. Hacia fines de los cincuenta y principios de los sesenta, tres manifiestos señalan un cambio en la pintura; "Spur", "Zero" y "Fluxus" son grupos integrados a movimientos internacionales. Al mismo tiempo aparece una nueva generación de escritores -Grass, P. Weiss, Walser, Enzensberger y U. Johnson-. En ese momento se proclama el Nuevo Cine Alemán. Casi todos los artistas y escritores que destacan hasta la fecha hicieron su aparición en ese momento. Además de Beuys -seguramente la figura de mayor influencia- cabe mencionar a Baselitz, Lüpertz, Penck, Polke y Richter, sólo Kiefer surge más tarde. Los poetas y novelistas de mayor impacto y trascendencia comenzaron a publicar antes de 1967/68, así por ejemplo Ingeborg Bachmann, Paul Celan, Thomas Bernhard y Peter Handke. Lo mismo se aplica a los cineastas: Fassbinder y Kluge, Schlöndorff y Wim Wenders, Herzog y Schröter.

El periodo que sigue a esta fase de incubación, para el que Marcuse forjó la acertada denominación de "revuelta y contra-revolución", llega a su triste culminación en el otoño de 1972 y concluye en el momento en el que el partido de los conservadores, que asumió el gobierno en 1982, se da cuenta de que el impulso de liberalización, acelerado por la cultura revolucionaria, también se ha vuelto irreversible en lo que respecta la tabla de valores

y las posturas de las grandes mayorías. Más que ningún periodo anterior, los años setenta de este siglo se caracterizaron por la ocurrencia simultánea de reveses económicos y contradicciones culturales.

9. DESPUES DE LA REVUELTA

Como consecuencia de la revuelta estudiantil penetraron en las humanidades ciertos motivos de una tradición de ilustración que siempre había estado poco desarrollada en Alemania y que no se recibió plenamente sino hasta después de 1945. Después de 1968 se movilizó y radicalizó este legado, tanto en el sentido de una profundización como de una dogmatización. La confrontación rigurosa con el pasado nazi penetró apenas en ese momento en el mundo académico. Hasta entonces, la crítica había rebotado en la coraza de apología y silencio tras la cual se habían escudado figuras como Heidegger y C. Schmitt. En el caso de Heidegger, el fin de este proceso de erosión incluso se produjo en época aún más reciente, después de que historiadores como Farias y Ott se ocuparon del asunto.

Desde una perspectiva interior de las diferentes disciplinas, los cambios parecen menos dramáticos. En algunos casos, así por ejemplo en las ciencias políticas y en la historia del arte, los

conflictos se agudizaron, conduciendo a polarizaciones e incluso secesiones. En otras materias como la literatura alemana y la pedagogía, las humanidades se vieron expuestas por primera vez a un contacto serio con los planteamientos de las ciencias sociales; las investigaciones de M. Warnke y P. Bürger, entre otros, demuestran que numerosas disciplinas se beneficiaron de lo anterior. Otras, en cambio, sufrieron interminables discusiones metodológicas al estilo del conflicto del positivismo. Visto globalmente, se amplió considerablemente el espectro de enfoques y de métodos. Si realmente se produjo una pérdida en cuanto al nivel, seguramente se vio compensada con el incremento de pluralismo.

10. DOS REACCIONES

Con estas impresiones no se le hace justicia a las consecuencias intraacadémicas difusas de la revuelta; en cambio, están más definidas y son más fáciles de estilizar aquellas reacciones desencadenadas por la revuelta; reacciones desde diferentes sentidos, diferentes no sólo por la edad de los protagonistas.

La crítica neoconservadora practicada a nivel mundial en contra de la "clase nueva", particularmente en contra de los "transmisores de sentido" (Sinnvermittler), tuvo gran resonancia en Alema-

nia entre los alumnos de J. Ritter, Forsthoff y Schelsky. Una de las consecuencias dentro de la universidad -y en las páginas del folletín del periódico "Frankfurter Allgemeine Zeitung" con la nueva sección sobre humanidades creada por el editor Fest- fue la retirada hacia y el intento de resurrección del espíritu historicista de las humanidades -que se habían vuelto provinciales- en su variante específicamente alemana. La desconfianza ante la teoría y la fe en la forma narrativa de la explicación eran compatibles con las tendencias que de por sí estaban logrando imponerse en otras partes con motivo de un nuevo contextualismo, beneficiando, entre otras disciplinas, a la etnología. A esta tendencia se debe, por ejemplo, al interés de la opinión pública por la importante obra de H. Blumenberg que ésta merecía desde los sesenta. El auge de la Alltagsgeschichte (Historia cotidiana) es una manifestación menos conservadora de la misma tendencia.

La segunda reacción tiene un origen diferente. Es la imagen refleja de aquella crítica radical a la razón que tuvo su apogeo en Francia en los setenta. En este país, el Nietzsche afrancesado y el Heidegger reimportado de Occidente se topan con los prejuicios familiares contra la técnica y la civilización de masas. Klages ya le había declarado la guerra al "logocentrismo" y ahora volvían el término y el tema, pero ahora con un acento extranjero. Con su brillante Crítica de la Razón Cínica, Sloterdijk logró (todavía) establecer un frágil equilibrio entre Adorno y

las obras tardías de Heidegger, pero entretanto se había vuelto autónoma la retórica de la serenidad (Gelassenheit), absolutamente agitada. En la escena postmoderna de nuestras subculturas en las ciudades universitarias imperan las imitaciones del postestructuralismo. Aun cuando no se esté en total desacuerdo con la aseveración de Karl-Markus Michel de que la renovación ha reemplazado a la innovación, no se puede negar que esta crítica cultural de orientación estética ha dado origen a una nueva e ingeniosa generación de publicaciones. Más allá de la triada consolidada de "Merkur", "Freibeuter" y "Kursbuch" florece una artesanía intelectual -sobre la base de un desempleo académico relativamente elevado-, con una vitalidad como probablemente no se había visto desde los años veinte.

11. ¿NORMALIDAD EN LUGAR DE MEDIOCRIDAD?

Ambos movimientos, tanto el retorno forzado al espíritu de las humanidades como la erradicación postestructuralista del espíritu de las mismas se encuentran igualmente en oposición con las tendencias imperantes de una occidentalización de la cultura alemana, si bien con diferentes énfasis. Los neoconservadores temen que la dinámica del modernismo cultural se desborde, socavando las arraigadas imágenes tradicionales del enemigo. A los ojos de los críticos postmodernistas, cada paso en pos de la cultura de

la ilustración constituye un paso más hacia el callejón sin salida de una cultura de la subjetividad moderna agotada. A pesar de esto, si estoy en lo cierto, parten de aquí ciertos impulsos en las ciencias sociales y las humanidades que pueden sobrellevar aquel estancamiento que se nos había planteado como el anverso de la productividad durante el principio de los sesenta. Dentro del margen de lo anterior, los trabajos de Renate Lachmann y de H.U. Gumbrecht, entre otros, parecen tener un efecto catalizador.

El estructuralismo francés fue aceptado con reticencia en la República Federal de Alemania. Esto no se aplica en igual medida al postestructuralismo, pero tampoco éste logró encontrar un equivalente de importancia comparable ni una resonancia de la magnitud como la que se registró en los Estados Unidos. Esto no debe sorprendernos, porque el tema de una crítica de la razón radicalmente autorreferida, novedosa tanto para los franceses como para el mundo anglosajón, es algo que en Alemania se practicaba desde la época de Hegel. Esto no reflejaba tanto un camino especial de los alemanes, sino más bien la conciencia de que a este país en el corazón de Europa y a su cultura se les deparaba un destino privilegiado camino a la Era Moderna. Esta conciencia especial no sobrevivió el año de 1945. Desde entonces hemos roto con el autoentendimiento elitista de los mandarines alemanes, con la fetichización del espíritu y de la lengua alemana; con el desprecio de lo social; con las distinciones entre cultura y civilización, entre comunidad y sociedad. Hemos aprendido que

universalismo moral no es lo contrario de individualismo y auto-realización, sino que constituye un prerrequisito para que se puedan complementar la autonomía y la solidaridad. La conclusión del llamado pleito de los historiadores también es indicativo del hecho de que este desarrollo ya no es reversible. Sin embargo, a los ojos de una generación más joven, esta superación de la conciencia especial de los alemanes puede presentar los rasgos congelados de una reacción.

12. LA DIETA MAS SANA

Son entonces los puntos ciegos de nuestro entendimiento -the blindness of insight- los que hoy determinan el tema de las mejores disertaciones o las de mayor futuro. A mí me viene a la mente ejemplos de las ciencias histórica y literaria, también de la estética filosófica, como la reciente disertación de Ch. Menke-Eggers sobre la Soberanía del Arte que emplea argumentos de Derrida para darle a la estética de Adorno una interpretación que a su vez permita criticar a Derrida como un "romántico a la inversa". Trabajos productivos como éste recurren a las ideas postestructuralistas y no sólo de manera imitativa; retoman los discursos familiares para modificarlos desde el interior.

Desde el final de la Guerra, la productividad de las humanidades alemanas se debió más que nunca a la comunicación internacional, inicialmente sobre todo a la asimilación de impulsos procedentes de Norteamérica. En la actualidad -y por primera vez desde los días de Sartre y Merleau-Ponty- también existen enfoques teóricos franceses que dan lugar a una asimilación productiva. Si se compara la historia de la postguerra de las diferentes disciplinas desde este punto de vista, se abre toda una gama; por un lado, la psicología, una materia que quizá ha seguido en mayor medida el modelo norteamericano; por el otro, la teología, que parece seguir siendo un baluarte de lo alemán. Todo esto me da la impresión de que en las humanidades la dieta más sana ha sido la apertura incondicional sin abandono de lo propio.

